



Crónica de España

MANIOBRAS ELECTORALES

LOS empresarios contemplan con pesimismo el año económico de 1979. Los empresarios son realistas, aun cuando dé a entender lo contrario alguno de ellos que juega a la política del sillón desde su encumbramiento ucedista a la primogenitura de la representación asociativa. Pocos españoles miran con optimismo el durísimo año que acabamos de comenzar bajo el pie forzado de las elecciones.

El pesimismo, la decepción y la confusión nacionales componen el signo más voluminoso y agorero de los sondeos de opinión. La abstención es como un ominoso fantasma que sobrevuela las urnas. Los españoles se resisten a votar de nuevo a quienes les engañaron desde el Gobierno y a los partidos que pactaron con el Gobierno.

El hombre medio, abrumado por tantas pesadumbres, desconfía sobre todo de UCD y PSOE. También de CDE y PCE, igualmente predispuestos a engolfarse con el Gobierno y cuyos líderes han vuelto a sentarse sonrientes y amigos a la misma mesa. Pero mediante la utilización abusiva y despiadada de los medios de coacción psicológica, esa asociación de poder que construyó una Constitución para el socialismo ha envuelto al español medio en una maraña de reflejos condicionados. La decepción y la angustia no son todavía lo bastante profundas para romper los reflejos condicionados y hacer ver a los españoles que la única manera de frenar la marcha hacia un estallido inminente consiste en favorecer con el voto la existencia parlamentaria de una oposición nacional lo bastante fuerte para hacerse escuchar.

Que el Gobierno no ha gobernado, es algo admitido por todo el mundo. Algún periódico oficialista presume que, una vez cumplido el proceso del cambio y la ruptura, se empezará a gobernar en España después de las elecciones. Se pretende desconocer que no es por causa de ocupaciones políticas marginales, entre ellas la constitucionalera, por lo que se dejó de gobernar. El desgobierno proviene esencialmente de la incapacidad congénita para gobernar de Suárez y quienes le acompañan. Los Pactos de la Moncloa han puesto en evidencia que carecemos de políticos para gobernar. Disponemos, sin embargo, de un considerable excedente de políticos para trampear. En la lógica de la historia está, por consecuencia, que a España se la lleve la trampa.

Supongo que a Colchero le darán un coscorrón los asesores de Suárez en cuanto desembarquen en Estrasburgo. Su crónica en *Ya* de presentación del viaje de Suárez despanzurra el débil montaje. Resulta que los hombres importantes del Consejo de Europa tienen obligaciones más importantes que recibir al presidente del Gobierno español. Por los salones políticos estraburgueses rampa el convencimiento de que la presencia de Suárez sólo se justifica en motivaciones publicitarias, de cara a las elecciones españolas. Los viejos zorros que recluyen su retiro en el dorado asilo político de Estrasburgo, en su mayoría de teñido socialdemócrata, sonríen escépticos y se dicen aburridos: «Giscard quiere que demos a este muchachito audaz un respaldo europeo ante su electorado. Esperemos que la representación sea breve.»

Algunos recordarán una crónica mía de hace varios meses. Descubría en ella que Giscard había prometido a una alta instancia española varias operaciones de consolidación de imagen para su favorito, de cara a unas eventuales elecciones. Una de ellas era que el Consejo de Ministros de la CEE simulase una buena predisposición hacia la entrada de España en la Comunidad. Otra era prepararle un buen número de prestigio político en Estrasburgo. Y otra recibirle en París con todos los honores. Es muy posible que este viaje sea una de las cartas que guarda Suárez en la manga, además del anuncio de la existencia de un formidable depósito de gas natural.

Giscard se porta muy generosamente con su pupilo español y le echa una mano publicitaria en el momento oportuno. Ahora ha tomado algunas medidas aparatosas en la zona vascofrancesa en relación con la ETA. Ha puesto siete etarras en manos de la Policía española, uno de ellos relacionado al parecer con el asesinato del comandante Imaz, cuyas identidades ponen de manifiesto que para pertenecer a la ETA ya no es requisito imprescindible ser vasco, sino ser marxista. Otros trece han sido enviados a la vecindad con Italia, o sea, con las Brigadas Rojas. Pero un semanario francés había advertido no hace mucho que en territorio francés hay acantonados unos trescientos comandos de la ETA, con campos de entrenamiento propios y toda una compleja estructura logística. Conviene contrastar ambas informaciones para entender el alcance circunstancial y propagandista de las medidas adoptadas por el Gobierno francés en apoyo de la campaña electoral de Suárez.

La campaña electoral concreta la única preocupación de Gobierno en España. Aunque todo se hunda, nada importa. Es preciso tapar todas las lacras y engañar sobre el carácter dramático de la situación. Se exige al aparato burocrático vestir el muñeco a toda costa. Se impone la ley del silencio sobre lo que sea desagradable y la inflación de lo que pueda beneficiar. En los dos referéndum anteriores y en las elecciones del 15 de junio sucedió igual.

Si los españoles no queremos perder el centro de gravedad y dejarnos manipular, debemos estar atentos a los acontecimientos, escarbando siempre en su trastienda. Determinados grupos de interés carecen de moral y de prejuicios. Recurren sin piedad a todo tipo de artimañas, incluso criminales, para deshacer las posibilidades electorales del enemigo y acrecer las propias. Doy la razón a Blas Piñar cuando advierte que hay preparadas sucias sñegazas contra la Unión Nacional. La operación la han diseñado con preferencia los servicios de espionaje cubanos, a través de agentes de varias naciones del Caribe que llegaron a España con la aureola de nacionalistas perseguidos. Incluso en algún lugar parece haberse dispuesto un suculento alijo de armas susceptible de ser atribuido a «activistas de ultraderecha, militantes de un partido fascista cuyas agresiones ponen en peligro la estabilidad de la democracia». Quien quiera saber más puede pasarse por un discreto despacho en la tercera planta del palacio de la Boteghe Oscure, sede del PCI en Roma.

Ismael MEDINA